

DAD A DIOS LO QUE ES DE DIOS

Dar al César lo que es del César y dar a Dios lo que es de Dios, ha venido a ser quizá la frase más conocida de Jesús. Se ha convertido en una especie de refrán popular que se puede utilizar para todo. Es de esos axiomas incontrovertibles y muy socorridos para salir del paso en situaciones apuradas.

Apurada era la situación en que le pusieron a Jesús sus adversarios, con el declarado fin de tender ante él la cáscara de plátano para que resbalara. Jesús salió airoso de la trampa y, a la vez, dejó como siempre su sello en la respuesta.

No hay que buscar en esta respuesta una teología política, como se ha hecho con frecuencia. Ni parece que ese fuera el interés de Jesús. A pesar del paralelismo entre los dos miembros de la frase, no hay correspondencia ni simetría entre el César y Dios. Sabemos muy bien, que Dios –para Jesús- está en otro orden y en absoluta discontinuidad con cualquier realidad. A Dios pertenecen “la tierra y lo que contiene, el orbe y todos sus habitantes, pues él lo fundó” (Salmo 24, 1).

Éste es el punto que nos interesa. Tras la concepción medieval en la que Dios ocupaba el centro (teocentrismo), vino la concepción moderna según la cual la tierra y sus habitantes constituyen el centro (geocentrismo). Hoy estamos en otra situación que, ni siquiera es de egocentrismo, sino que me atrevería a calificar de “mío-centrismo”. El centro es ocupado ahora no por el yo sino por “lo mío” . Mi cuerpo, mi dinero, mi partida, mi partido, mi carrera, mi casa, mis derechos, mi libertad...

Aparte de las aberraciones a las que conduce esta concepción de la realidad, por ejemplo cuando se dice que uno/a hace con su cuerpo lo que quiere, o yo soy libre y hago lo que me da la gana, resulta que tal concepción ni siquiera es moderna, como se pretende. Se corresponde más a una antropología de los griegos (ss. V-III a.C.) que a una antropología actual en la que el cuerpo es tan “yo” como el alma.

El problema está en la servidumbre a que nos somete ese poner el centro fuera de donde está. Nos hacemos esclavos de las cosas, de los derechos, del cuerpo...

Para Jesús y el Evangelio no hay otro centro del ser y de la persona humana que Dios, Padre amoroso y lleno de generosidad con sus criaturas, a las que hace partícipes de su propia vida. Por eso las cosas funcionan cuando se da a Dios lo que es de Dios, es decir, TODO. En cambio, como dicen los sufíes, “el amor a las cosas creadas vuelve al hombre ciego y sordo”. ¿No estaremos en la ceguera y la sordera? Así lo intuye José Saramago en su Ensayo sobre la ceguera, terrible parábola sobre el mundo actual.

Por el contrario, quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta. O como diría el sabio sufí: “Me des agua o me des fuego... a fin de cuentas Tú eres el Sultán del Reino, Tú el que das las órdenes... De ahí el consejo: “Ve, pierde lo que tienes, eso es todo”. Quien no entiende que todo es de Dios y que a él sólo hay que devolverlo, pronto cae en otras tiranías. Por escapar de “la tiranía” de Dios, en aras de una ensoñada libertad, el ser humano no tarda en hacerse esclavo bajo las garras de la tiranía del instinto, de la posesión compulsiva, del Partido, y de las mil y una dependencias y cadenas con las que nos ata nuestra bendita sociedad del bienestar.